



## UNA BIOGRAFÍA DE LA FE APOSTÓLICA

### TEMA 7:

### EL MAGISTERIO DEL ESPÍRITU SANTO EN EL CORAZÓN DE LOS APÓSTOLES –EL TÉRMINO DE UNA BIOGRAFÍA–

#### I. LO QUE ESTÁ EN JUEGO AL PLANTEARNOS EL TÉRMINO DE LA FE APOSTÓLICA

Hemos dicho en bastantes ocasiones que la fe de los apóstoles llegará a alcanzar en su plenitud un conocimiento cierto de Dios. Por la fe los Apóstoles llegan a un conocimiento cierto de Jesús y así de Dios. Hemos dicho también que, de la misma manera y al mismo tiempo, la fe, al alcanzar su plenitud, les dará a los Apóstoles una verdadera comunión con Jesucristo y, a través de él, con la Trinidad.

Hoy vamos a explicar cómo la fe apostólica alcanza esta plenitud. Los últimos encuentros los hemos dedicado a comprender el progreso de la fe de los apóstoles: primero, ante Cristo muerto en la cruz; y luego, ante Cristo resucitado. Pero con la resurrección la fe de los apóstoles aún no ha llegado a su perfeccionamiento. A esta fe le queda aún un último paso hasta al misterio mismo de Cristo y de la Trinidad, a su conocimiento y a la comunión con él. La fe de los Apóstoles dará este último paso empujada por el Espíritu Santo que Cristo resucitado les enviará.

Lo primero que llama la atención es justamente que esta plenitud del conocimiento y de la comunión con Cristo se consiga justamente cuando Cristo ya no está entre ellos de la forma que había estado hasta que la cruz se lo arrebató de su lado. La muerte en cruz les arranca a los Apóstoles la cercanía de Cristo. Luego Cristo resucita, pero ya no permanecerá a su lado en el mismo modo que antes. Las palabras de Jesús a María Magdalena, «suéltame, que aún no he subido al Padre», indican que ese modo de estar con ellos ya no es posible.

Ahora Cristo resucitado asciende a los cielos. Entonces, la pregunta es: ¿Cómo llegará justamente ahora la fe de los apóstoles al verdadero conocimiento y a la verdadera comunión con Aquel que ya no pueden tocar y ver como lo hacían antes?

Tras la resurrección y la ascensión de Jesús a los Cielos se nos plantea esta cuestión: ¿Pueden realmente los Apóstoles llegar ahora a un conocimiento verdadero de Aquel que no van a tener delante como lo tenían cuando estaba con ellos en Galilea o en Judea? Y también: ¿Podrán realmente alcanzar una verdadera comunión con Aquel que entra en un modo nuevo de existir en Dios, que resucitado «asciende a los Cielos»?

Hemos de responder a esta pregunta porque nuestra fe es una participación de la fe de los apóstoles y cuando transmitimos la fe lo que hacemos es hacer partícipes a los hombres de este acto por el cual los Apóstoles conocen y entran en comunión con Cristo y con la Trinidad.

¿Cómo podemos nosotros entrar en comunión verdadera con Cristo? ¿Cómo puede hacerlo un catequizando? ¿Cómo podemos conocer de verdad a Cristo, conocerlo como un amigo conoce a otro, como una esposa conoce a su esposo? ¿Cómo pueden llegar a conocerlo los catequizandos?

En el fondo, la pregunta es si lo que hemos dicho desde el principio que alcanza la fe de los apóstoles es real o solo la expresión de un deseo irrealizable: conocer a Dios y vivir en comunión con Dios. ¿Podemos realmente en esta vida alcanzar un verdadero conocimiento de Dios y vivir en comunión con él o no? ¿Podemos o no podemos conocer a Dios y entrar en comunión con él ahora, *aquí, en esta vida*? Es una cuestión definitiva. Si solo podemos diferir para el futuro, después de este mundo, verdadero conocimiento y verdadera comunión, habría que preguntarse si el Evangelio es tal Evangelio de verdad. Si realmente no podemos conocer el rostro de Dios y entrar en comunión verdadera con él, ¿ha cambiado algo? ¿El Evangelio que enseñamos en la catequesis es verdaderamente la proclamación y la instauración por parte de Dios de una nueva vida para el hombre o «aún debemos esperar» (cf. Mt 11,3)? ¿Es realidad y no mera y únicamente promesa?

Cualquiera que participe ya de la fe apostólica tenderá instintivamente a decir que la fe nos da algo real, que no es mera promesa [...].

Así pues, al preguntarnos sobre cómo los apóstoles alcanzan una verdadera comunión con Cristo resucitado, no hablamos de algo lejano, sino de algo que nos incumbe a nosotros y a nuestra misión como catequistas. [...]

Intentemos ahora dar respuesta a estas cuestiones.

## II. LA PRESENCIA DE CRISTO TRAS LA RESURRECCIÓN

Querría traer el inicio de una homilía de Benedicto XVI donde se habla justamente de lo que estamos diciendo, de la realidad de la comunión con Cristo después de la resurrección

Queridos hermanos y hermanas:

En su discurso de despedida, Jesús anunció a los discípulos su inminente muerte y resurrección con una frase misteriosa: **“Me voy y vuelvo a vuestro lado”** (Jn 14,28). Morir es partir. Aunque el cuerpo del difunto aún permanece, él personalmente se marchó hacia lo desconocido y nosotros no podemos seguirlo (cf. Jn 13,36). Pero en el caso de Jesús existe una novedad única que cambia el mundo. En nuestra muerte el partir es una cosa definitiva, no hay retorno. Jesús, en cambio, dice de su muerte: **“Me voy y vuelvo a vuestro lado”**. Justamente en su irse, él regresa. Su marcha inaugura un modo totalmente nuevo y más grande de su presencia. Con su muerte entra en el amor del Padre. Su muerte es un acto de amor. Ahora bien, el amor es inmortal. Por este motivo su partida se transforma en un retorno, en una forma de presencia que llega hasta lo más profundo y no acaba nunca. En su vida terrena Jesús, como todos nosotros, estaba sujeto a las condiciones externas de la existencia corpórea: a un determinado lugar y a un determinado tiempo. La corporeidad pone límites a nuestra existencia. No podemos estar contemporáneamente en dos lugares diferentes. Nuestro tiempo está destinado a acabarse. Entre el yo y el tú está el muro de la alteridad. Ciertamente, amando podemos entrar, de algún modo, en la existencia del otro. Queda, sin embargo, la barrera infranqueable del ser diversos. Jesús, en cambio, que a través del amor ha sido transformado totalmente, está libre de tales barreras y límites. Es capaz de atravesar no solo las puertas exteriores cerradas, como nos narran los Evangelios (cf. Jn 20, 19). Puede atravesar la puerta interior entre el yo y el tú, la puerta cerrada entre el ayer y el hoy, entre el pasado y el porvenir. Cuando, en el día de su entrada solemne en Jerusalén, un grupo de griegos pidió verlo, Jesús contestó con la parábola del grano de trigo que, para dar mucho fruto, tiene que morir. Con eso predijo su propio destino: no se limitó simplemente a hablar unos minutos con este o aquel griego. A través de su Cruz, de su partida, de su muerte como el grano de trigo, llegaría realmente a los griegos, de modo que ellos pudieran verlo y tocarlo en la fe. Su partida se convierte en un venir en el modo universal de la presencia del Resucitado, en el cual Él está presente ayer, hoy y siempre; en el cual abraza todos los tiempos y todos los lugares. Ahora puede superar también el muro de la alteridad que separa el yo del tú. Esto sucedió con Pablo, quien describe el proceso de su conversión y Bautismo con las palabras: **“vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”** (Ga 2, 20). Mediante la llegada del Resucitado, Pablo ha obtenido una identidad nueva. Su yo cerrado se ha abierto. Ahora vive en comunión con Jesucristo, en el gran yo de los creyentes que se han convertido –como él define– en **“uno en Cristo”** (Ga 3, 28)<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, Homilía en la Vigilia Pascual. Basílica Vaticana. Sábado Santo 22 de marzo de 2008.

Estas palabras de Benedicto XVI expresan bien dos ideas fundamentales: en primer lugar, la limitación que el hombre experimenta en la alteridad. El deseo de comunión con aquellos que amamos siempre experimenta un límite: no podemos vivir enteramente en el otro ni hacer que el otro viva enteramente en nosotros. El Papa habla aquí del límite del cuerpo, pero me parece claro que no experimentamos solo ese límite. Es decir, que no solo el cuerpo nos impone esta limitación. Sea como sea, el límite es un hecho para todos y lo experimentaban también los Apóstoles en su relación con Jesús.

La segunda idea fundamental es la superación de ese límite justamente en lo que ellos iban a experimentar, en un primer momento, como una separación y una ruptura total, la de la muerte. Sin embargo, Cristo hizo de su muerte un acto de entrega voluntaria y total, un acto de amor perfecto al hombre y a Dios. Y ese amor perfecto logró la victoria definitiva. Con la resurrección, su amor había vencido ya todo límite y está en disposición de darse enteramente para vivir realmente, con todo lo que él es, humanidad y divinidad, en el otro. La humanidad de Jesús entra en el seno del Padre, entra en el misterio de la comunión, de la *perijóresis* trinitaria. El Hijo, con su divinidad no había abandonado nunca este mutuo estar el uno en el otro perfectamente, propio de las personas trinitarias, que se expresa con el término *perijóresis*, pero ahora introduce en ella de forma perfecta y total su humanidad. Ahora el Hijo, hombre y Dios, vencido todo límite con su amor perfecto, puede real y enteramente vivir también en el hombre, aunque no de forma automática, sino en la medida de la acogida inteligente, libre y amorosa de cada hombre.

Es la perfección del amor en la cruz, su victoria sobre la muerte, la transformación total de lo humano en Dios por la resurrección, la eliminación de todos los límites de la humanidad que había asumido, la ascensión en lo divino del camino humano de su amor y, por tanto, de su eterna actualidad, de su eterno presente. Todo eso lo dice el Papa de una forma bellísima y creo que bastante comprensible, teniendo en cuenta de que hablamos de un misterio que está más allá de nuestra experiencia.

Bien, demos un segundo paso: pues justamente la ruptura de esta limitación anterior a la resurrección es lo que va a inaugurar un tiempo nuevo, en el que no solo se restablece la comunión anterior a la muerte, sino que alcanza un nuevo estado, más perfecto, un estado que supera el límite de la alteridad del que habla el Papa y que permite que realmente san Pablo y con él cualquier cristiano, pueda decir: «**No soy yo, es Cristo quien vive en mí**» (Gal 2,20). Lo que en estas palabras no dice el Papa es que esa presencia nueva del Resucitado es la presencia por su Espíritu, por el Espíritu Santo. Esa nueva presencia por el Espíritu es la que le da a la fe una nueva eficacia en la comprensión de la verdad y en la comunión con Cristo.

En las palabras que siguen Benedicto XVI identifica esta nueva forma de presencia, interior y más perfecta, con el Espíritu Santo:

## EL ORIGEN Y EL FIN DE LA CATEQUESIS: LA FE APOSTÓLICA

Este día, en el que por primera vez puedo tomar posesión de la cátedra del Obispo de Roma como Sucesor de Pedro, es el día en que en Italia la Iglesia celebra la fiesta de la Ascensión del Señor. En el centro de este día encontramos a Cristo. Solo gracias a él, gracias al misterio de su Ascensión, logramos también comprender el significado de la cátedra, que es, a su vez, el símbolo de la potestad y de la responsabilidad del obispo. ¿Qué nos quiere decir, entonces, la fiesta de la Ascensión del Señor? No quiere decirnos que el Señor se ha ido a un lugar alejado de los hombres y del mundo. La Ascensión de Cristo no es un viaje en el espacio hacia los astros más remotos; porque, en el fondo, también los astros están hechos de elementos físicos como la tierra. La Ascensión de Cristo significa que él ya no pertenece al mundo de la corrupción y de la muerte, que condiciona nuestra vida. Significa que él pertenece completamente a Dios. Él, el Hijo eterno, ha conducido nuestro ser humano a la presencia de Dios, ha llevado consigo la carne y la sangre en una forma transfigurada.

El hombre encuentra espacio en Dios; el ser humano ha sido introducido por Cristo en la vida misma de Dios. Y puesto que Dios abarca y sostiene todo el cosmos, la Ascensión del Señor significa que Cristo no se ha alejado de nosotros, sino que ahora, gracias a su estar con el Padre, está cerca de cada uno de nosotros, para siempre. Cada uno de nosotros puede tratarlo de tú; cada uno puede llamarlo. El Señor está siempre atento a nuestra voz. Nosotros podemos alejarnos de él interiormente. Podemos vivir dándole la espalda. Pero él nos espera siempre, y está siempre cerca de nosotros.

De las lecturas de la liturgia de hoy aprendemos también algo más sobre cómo el Señor realiza de forma concreta este estar cerca de nosotros. El Señor promete a los discípulos su Espíritu Santo.

La primera lectura, que acabamos de escuchar, nos dice que el Espíritu Santo será "fuerza" para los discípulos; el evangelio añade que nos guiará hasta la Verdad completa. Jesús dijo todo a sus discípulos, siendo él mismo la Palabra viva de Dios, y Dios no puede dar más de sí mismo.

En Jesús, Dios se nos ha dado totalmente a sí mismo, es decir, nos lo ha dado todo. Además de esto, o junto a esto, no puede haber ninguna otra revelación capaz de comunicar más o de completar, de algún modo, la revelación de Cristo. En él, en el Hijo, se nos ha dicho todo, se nos ha dado todo. Pero nuestra capacidad de comprender es limitada; por eso, la misión del Espíritu consiste en introducir a la Iglesia de modo siempre nuevo, de generación en generación, en la grandeza del misterio de Cristo.

El Espíritu no añade nada diverso o nada nuevo a Cristo; no existe -como dicen algunos- ninguna revelación pneumática junto a la de Cristo, ningún segundo nivel de Revelación. No: "recibiré de lo mío", dice Cristo en el evangelio (Jn 16, 14). Y del mismo modo que Cristo dice solo lo que oye y recibe del Padre, así el Espíritu Santo es intérprete de Cristo. "Recibiré de lo mío". No nos conduce a otros lugares, lejanos de Cristo, sino que nos conduce cada vez más dentro de la luz de Cristo<sup>2</sup>.

Hemos subrayado las frases que más nos importan para la comprensión de nuestro tema. Con esta presencia interior y con su magisterio, con ese magisterio sobre la persona y la obra de Cristo, el Espíritu da a la fe de los Apóstoles un

---

<sup>2</sup> BENEDICTO XVI, *Misa de la toma de posesión de su Cátedra* (7 mayo 2005)



conocimiento más verdadero y una comunión más íntima de Cristo y, con él, de la vida trinitaria. Cristo vive por su Espíritu en los que le dan fe y estos mismos viven también en Cristo. Este «*vivir en*» es mutuo: de Cristo en el fiel, del fiel en Cristo. Y no es estático, sino que implica el mismo dinamismo que llevó a Cristo a superar todo límite. Guiados por el Espíritu de Cristo, también nosotros tenemos por delante el camino que nos lleva al amor perfecto, para que la comunión, ya verdadera, llegue a ser también perfecta en el cielo.

### III. EL MAGISTERIO DEL ESPÍRITU SANTO EN EL CORAZÓN DE LOS APÓSTOLES

Para comprender en qué consiste el magisterio del Espíritu Santo en el corazón de los Apóstoles examinemos algunos textos de san Juan, algunos de ellos ya han sido citados en las palabras que hemos leído de Benedicto XVI:

1.

*«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que permanezca con vosotros siempre: el Espíritu de la verdad, al que el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; vosotros le conocéis porque permanece a vuestro lado y está en vosotros. No os dejaré huérfanos, yo volveré a vosotros. Todavía un poco más y el mundo ya no me verá, pero vosotros me veréis porque yo vivo y también vosotros viviréis. Ese día conoceréis que yo estoy en el Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros. El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama. Y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y yo mismo me manifestaré a él» (Jn 14,15–21).*

Después de todo lo dicho no será necesario un comentario pormenorizado del texto. Solo señalar algunas cosas:

- Volvemos a ver la misma dinámica del don ya recibido (**«permanece a vuestro lado y está en vosotros»**), pero prometido para el futuro (**«Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que permanezca con vosotros para siempre»**). Lo cual indica un dinamismo de crecimiento en el don del Espíritu Santo.
- Primero quiero resaltar esta condición a la que alude Jesús: «si me amáis». La condición para la nueva presencia de Cristo por el Espíritu Santo en el alma de los Apóstoles es haber acogido su amor y haber respondido a él. La respuesta de amor de los Apóstoles a Cristo, en su humanidad, tal como se les ha manifestado desde el primer encuentro con él, es el principio de esta relación creciente con el Dios Trino. La misma idea aparece otra vez al final de la cita.

- Aunque se habla del Espíritu Santo como de «otro», «otro Paráclito, otro Defensor», una persona distinta de la Trinidad, hay una relación tan estrecha que la presencia del Espíritu Santo, implica la presencia del mismo Cristo. Más aún, la presencia del Espíritu Santo implica también la introducción del hombre en la persona misma de Cristo y así en la Trinidad: **«No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros... vosotros me veréis... Ese día conoceréis que yo estoy en el Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros... yo mismo me manifestaré a él»**. La promesa de que Cristo mismo volverá a los suyos aparecerá también en el v. 28: **«Habéis escuchado que os he dicho: “Me voy y vuelvo a vosotros”»**.

2.

*«Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que escucháis no es mía sino del Padre que me ha enviado. Os he hablado de todo esto estando con vosotros; pero el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todo y os recordará todas las cosas que os he dicho»* (Jn 14,23–26).

- Igual que en la cita anterior, el amor a la manifestación en carne de Cristo, a la humanidad de Cristo y a su camino histórico, es la condición para la nueva y más íntima presencia en el alma.
- Aquí está el texto clave para afirmar la inhabitación de la Trinidad en los fieles: «vendremos a él y haremos morada en él». Esta presencia de la Trinidad en el corazón de los fieles (los que dan fe), la trae el Espíritu Santo, igual que la presencia de Dios en la creación la pone el Hijo hecho hombre. Pero el orden en el progreso de la comunión con Dios es la acogida del Verbo hecho carne por la fe y el amor, luego la recepción del Espíritu Santo y con él el don de la inhabitación.
- La palabras de Jesús, «Él os lo enseñará todo», hacen referencia a un progreso en el conocimiento de la fe. Pero este conocimiento no es un progreso que deje atrás lo ya dado en Cristo, sino su verdadera y espiritual comprensión y profundización. Por eso añade: «Os recordará todas las cosas que os he dicho». La memoria significa esta referencia constante al que es la Palabra definitiva, en la que Dios lo ha dicho todo.

3.

*«Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, Él dará testimonio de mí. También vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo»* (Jn 15,26–27).

- Subrayamos en primer lugar la misión propia del Espíritu Santo: «**él dará testimonio de mí**». El presupuesto de este obrar del Espíritu Santo en los Apóstoles es el haber acogido ya al Hijo hecho carne («**porque desde el principio estáis conmigo**»). Y este dar testimonio es una acción en el interior del alma: dar testimonio de Cristo, es decir, traer al alma su recuerdo, su verdad, su presencia.
- El testimonio interno del Espíritu Santo y la comunión que lleva a plenitud entre el hombre y Dios, es el principio del testimonio del cristiano: «**También vosotros daréis testimonio**». Con eso se indica la naturaleza de dicho testimonio, como un dar de lo propio y un ofrecer al otro la comunión en la propia vida espiritual, que no es vida al margen ni paralela a la ordinaria, sino la misma vida humana en verdadera comunión con Dios. El testigo puede dar testimonio porque está en comunión. Al hacerlo no ofrece algo distinto de sí mismo, aunque se ofrezca a Dios y no el yo aislado.

4.

*«Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero no podéis sobrellevarlas ahora. Cuando venga Aquél, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia toda la verdad, pues no hablará por sí mismo, sino que dirá todo lo que oiga y os anunciará lo que va a venir. Él me glorificará porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso dije: «Recibe de lo mío y os lo anunciará. Dentro de un poco ya no me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a ver» (Jn 16,12–16).*

- El progreso en el conocimiento de la fe que implica el don del Espíritu Santo, no como dejar atrás a Cristo, sino como un desarrollo de la comunión con él.
- Y de nuevo también la asociación del don del Espíritu con una nueva forma de presencia del Señor Jesús: «Dentro de un poco ya no me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a ver».

#### IV. CONCLUSIÓN DE ESTE TEMA:

¿En qué consiste lo que hemos dado en llamar «magisterio del Espíritu Santo en el corazón de los Apóstoles»? Fundamentalmente en una nueva presencia de Cristo, una comunión más plena, la inhabitación de Dios en su corazón y, al tiempo, el inicio, por parte de los Apóstoles, de una vida en el interior mismo de la Trinidad.

Esta inter-comunión —valga la redundancia de la expresión— entre el fiel y la Trinidad —es decir, de la Trinidad que vive en el alma del fiel y del fiel que vive ya en la Trinidad—, se inicia con la acogida de Cristo, el Verbo encarnado. El



primer paso necesario es acoger al Verbo hecho carne y su camino humano. Esto queda reflejado en el evangelio de san Juan ya desde el principio: «vino a los suyos y los suyos no le recibieron, pero a cuantos le recibieron, les dio poder para llegar a ser hijos de Dios, si creen en su nombre». Y en las palabras que hemos recordado hoy del mismo san Juan, venía expresada esta primera condición en la expresión «estar con Cristo» («Vosotros estáis conmigo desde el principio») y en la condición del amor («si me amáis»). La obra propia del Espíritu no se da al margen de Cristo ni en su lugar o sin él.

La inter-comunión entre el fiel y la Trinidad, este vivir Dios en el hombre y el hombre en Dios, implica también un nuevo y más profundo conocimiento de la fe, parejo, en perfección, a la comunión que lo permite.

El don del Espíritu Santo a los Apóstoles es el término de la revelación de Cristo. El Espíritu Santo no lleva a cabo una revelación distinta de la de Cristo, sino que lleva a su plenitud la revelación de Cristo. Cristo es siempre el centro de esta revelación.

Pero, ¡muy importante!: Si el don del Espíritu Santo indica el término de la revelación, es también el inicio de la verdadera vida en Cristo, o lo que es lo mismo, de la vida de filiación —«**Envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama “¡Abba, Padre!”**» (Gal 4,6; Cf. Rm 8,15)—. El don del Espíritu Santo, con la nueva comunión y el nuevo conocimiento que otorga, es el principio de una vida que ya no acaba. Los Apóstoles han sido introducidos con él en el océano infinito del ser y de la vida de Dios. A partir de aquí el progreso en esa vida no tiene fin, porque Dios no es algo así como un paisaje limitado que se puede contener con la mirada. Dios es un océano infinito. Adentrarse en él es adentrarse en una novedad que no acaba nunca. Aquí el haber llegado al término, haber alcanzado a Dios, no indica un fin, sino un nuevo comienzo.

Es así como la fe de los Apóstoles es perfeccionada por el don del Espíritu Santo, llevada a un nuevo conocimiento y a una nueva comunión.

Y según el dinamismo que ya hemos aprendido de las palabras de san Juan, «**Él dará testimonio de mí. También vosotros daréis testimonio**» (Jn 15,27), la transmisión de esta fe consistirá en hacer a los hombres partícipes de esta nueva vida.

Este es un punto fundamental para la catequesis: transmitir la fe implica hacer a los hombres partícipes de la vida de comunión que alcanzan los apóstoles y que los apóstoles nos han comunicado. Lo vemos con claridad en el comienzo de la Primera Carta de san Juan, que marca el final de la biografía de la fe apostólica, y el inicio de la vida de fe de todos los que acogemos el testimonio de los Apóstoles: cómo esta fe apostólica es el principio y el fin de la catequesis:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos a propósito del Verbo de la vida —pues la vida se ha manifestado: nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y que se nos ha manifestado—, lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos para

que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestra alegría sea completa.

(1 Jn 1,1-4)

En estas palabras se muestra que la fe apostólica es el principio de la vida cristiana. Por eso hemos dicho desde el principio que la catequesis arranca de la de los Apóstoles, del testimonio apostólico, y tiene también a la misma fe, a hacer que los hombres acojan el testimonio apostólico y lo hagan suyo.

La catequesis es la transmisión de la fe apostólica, es decir, del camino de seguimiento de los Apóstoles, de la fe que aquellos hombres dieron a Cristo y de la vida de comunión y el conocimiento de Dios que aquella fe les consiguió.

¿Quién puede llevar a cabo esta acción? Esta transmisión es la acción de aquellos que ya han recibido el testimonio apostólico y lo han acogido y han sido introducidos en la comunión de los apóstoles, que es la comunión con Cristo y con la Trinidad.

Estos no hacen sino ofrecer, a los otros, lo que ellos, a su vez, han recibido: el testimonio de lo que los Apóstoles vieron y tocaron y el testimonio de la fe con la que ellos lo vieron y lo tocaron.

Y esta transmisión de la fe apostólica no se puede ofrecer ni acoger realmente sino siguiendo el método del mismo Cristo al llamar a sí y al admitir en su propia vida a los Apóstoles, desde su primer encuentro hasta el final de su camino histórico. Este acoger en la propia vida es el método.

No se puede ofrecer la fe, sino con el mismo método que aparece reflejado en la cita de san Juan y en los textos del Nuevo Testamento y de la época de los Padres de la Iglesia, el que los Apóstoles aprendieron de su Maestro: llamando a la participación de la propia vida y ofreciendo la propia vida: la vida cotidiana marcada por la fe en Cristo, marcada por la espera y la esperanza de la vida eterna, marcada por la caridad cristiana. Ofreciendo la propia vida: la vida diaria del trabajo, de amor de los esposos, de la educación de los hijos, de la oración, de la liturgia, del testimonio a los otros, de la amistad, de la mutua ayuda, del servicio... El testimonio apostólico, el de los hechos irrepetibles y únicos, de los cuales los Apóstoles son para siempre testigos autorizados, y de la fe con que ellos penetraron a través de aquellos hechos en la comunión del Dios Trino, solo se puede dar en la vida de comunión. Solo ofreciendo y entrando en la vida real de los cristianos se puede transmitir esta fe, solo así se puede participar de ella.

## V. CONCLUSIONES GENERALES

En la conclusión del recorrido que hemos hecho durante este año por la biografía de la fe apostólica debemos destacar dos puntos sobre la *metodología* propia de la fe:

- El primer punto acabamos de comentarlo: la necesidad de una participación real en la vida para poder transmitir la fe. La fe no se transmite como un mero conocimiento nocional en una clase o a través de un libro o de cualquier otro medio externo al hombre. La transmisión de la fe requiere que el cristiano ofrezca la propia vida y que el no cristiano empiece a participar de esa vida que se le ofrece.
- El segundo punto es el de la gradualidad: la necesidad de ir paso a paso, tal como hicieron los apóstoles. La importancia y las consecuencias de la fe requieren la libertad del hombre que se pone en juego ante Cristo. Lo que da la fe es de tal calado y sus consecuencias son tan graves para el hombre, que éste necesita tiempo para madurar su respuesta en diálogo con la gracia de Dios que le precede y le sostiene.

Y debemos destacar en esta conclusión de nuestro curso otros dos puntos no sobre la metodología, sino sobre el *contenido* de la catequesis. Según lo que hemos dicho, la catequesis tiene dos contenidos esenciales:

- El primero de ellos es el conjunto del acontecimiento de Cristo. Cristo, su persona, con sus palabras y sus gestos —que por otro lado no es una isla, sino la culminación de una revelación que entronca con la creación y con la Antigua Alianza—. Él, su persona y su obra, es el Evangelio.
- El segundo contenido es la fe con que los Apóstoles pudieron penetrar en la realidad que tenían delante, en el misterio de la persona de Cristo, esa fe que solo llega a plenitud con el magisterio del Espíritu Santo, cuando el Espíritu Santo implante el Evangelio mismo, la misma persona de Cristo, en el corazón de aquellos hombres.

Podemos concretar estos dos contenidos en los *documentos* donde esos contenidos han quedado plasmados:

- por un lado en los escritos del Nuevo Testamento, siempre en relación y en unidad con las Antiguas Escrituras;

- por otro en las piezas donde la fe de la Iglesia queda expresada:
  - en los **símbolos de la fe**, en primer lugar, que son la síntesis del contenido objetivo de la fe;
  - pero también en el **Padre nuestro**, que es la síntesis de lo que la Iglesia espera y por eso pide a Dios Padre, unida a Cristo, el Hijo único;
  - en el **Decálogo**, que tal como es vivido por Cristo y por los que se unen a él, es expresión del amor cristiano, del amor a Dios y del amor al prójimo;
  - y el **septenario sacramental**, que es el ámbito fundamental de la gracia de Dios, donde se hace actual la acción de Dios en su Hijo muerto y resucitado, donde se derrama, en el hoy de la historia y en el aquí de cada comunidad cristiana, toda la fuerza del acontecimiento pascual, donde Cristo santifica su Cuerpo, donde el Espíritu Santo realiza de forma eminente su misión, y también donde la fe de la Iglesia y de cada cristiano penetra y hace suya, ya ahora, la vida eterna, la novedad de la vida de Dios.

Así pues, respecto a los documentos fundamentales para la catequesis, tenemos, por un lado, la Escritura y, por otro, las cuatro piezas fundamentales donde se expresa la fe apostólica: el símbolo, el padrenuestro, el septenario sacramental y el decálogo.

He aquí una síntesis básica de lo que es la catequesis, de su método y de su contenido.

Muchísimas gracias por la atención y el interés que habéis demostrado durante estos meses. Ha sido un verdadero placer haber podido compartir este tiempo con vosotros.

Durante el próximo curso, si Dios quiere, más.

Según el dinamismo de nuestra fe que nos empuja más allá de todo límite hasta Dios mismo, avanzaremos también nosotros más allá con su gracia.

P. Enrique Santayana C.O.